

## XII.

### UN BAILE EN CASA DE LA SEÑORITA REBECA.

Todo el gran mundo perdido de la Calzada de Antin y de los Campos Eliseos iba en aquella noche á casa de la señorita Rebeca. Las mujeres galantes tienen mas arte que las señoras del gran mundo. Cogen perfectamente un aire cándido y espiritual á un mismo tiempo. La una se pone ojerosa con un lapiz, con objeto de aparecer sentimental; la otra que es rubia se pinta las cejas como plumas de cuervo á fin de representar mejor la pasión. Ninguna se muestra sencilla. Ois reir y hablar allí abajo; no os acerqueis: se dice una tontería y se rie por una tontería. Las unas hablan mucho para ocultar su nulidad; las otras están silenciosas para guardar su talento; las primeras pasan por Sevigné, las segundas por grullas. El ruido sea cual sea y venga de donde venga produce siempre su efecto. Y además de esto es como en la lotería, á fuerza de ajitar palabras se concluye por soltar una de chispa.

La señorita Tornasol estaba allí con la señorita Treinta-y-Seis-Virtudes.

La señorita Tornasol era inocentemente la jóven mas perversa que ha existido en el mundo. Creia que existen mugeres que han nacido para ser cortesanas, como hay mujeres que han nacido para ser duquesas, prenderas, madres de familia ó ramilleteras.

—En cuanto á mí, decia, puesto que Dios me hizo hermosa, señal que me destinó á hacer la dicha de los hombres.

Y hacia la dicha de los hombres con conviccion, dia por dia, sin acordarse del anterior y sin pensar en el siguiente.

Hoy se encuentran muchos tipos por este estilo, como un artículo que Paris dispone á la esportacion, hasta el dia en que con la deportacion se hará justicia en ellos.

Habia allí tambien la Taciturna, esa niña de tanto talento que en su vida no habia dicho cuatro palabras. La Taciturna no habia cambiado su repertorio: decia siempre estoicamente, segun su inspiracion:—«Cuestion de dinero!—Estoy desarmada.—Acepto el vaticinio.—Ni sí, ni nó.»

Como en todas las fiestas celebradas por estas damas, se bailó, se cenó y se jugó.

Si las damas fueran decentes, si la cena estuviera chispeante, si el juego fuese leal, nada tendria de particular. Yo estaba en la fiesta y no dancé, no cené ni jugué. El novelista es el filósofo de la orgía romana que mira pasar la vida, que se apoya en la columna y no se recuesta en el banquete: recuerdo, no

obstante, que la señorita Rebeca me sirvió una copa de vino del Rhin digna del banquete de los dioses.

Poco á poco las mujeres que iban con dominó se quitaron la máscara. En este mundo nadie se resigna á ocultar su rostro, imaginándose que la humanidad se privaría de una obra maestra; se cree que únicamente la fealdad se pone la careta. Y además, nada hay tan embarazoso como el llevar una máscara: debajo de una máscara, es, sobre todo, donde se ruborizan las mujeres. Se ponen la careta para hacer gala de su chispa: al primer apóstrofe notan que se han olvidado la chispa en casa. En vano beben vino de Champagne: el tapon no salta. En vano se rascan la oreja: no tienen esos felices encuentros que son como las pepitas de oro del talento; se hacen fuertes en la charlatanería, creyendo salvar así su nulidad; pero llegan hasta la injuria sin encontrar las pullas del catecismo picaresco.

Hay, sin embargo, entre aquellas damas, jóvenes de talento estraviado; pero las mejores frases quedan perdidas. En aquel ruidoso concierto se oían apenas los violines: la *ofeleida* ha matado la música, bien como la tontería mata el talento.

Solo dos damas se habian dejado la máscara: eran dos mujeres de chispa. Habian maravillado á todo el mundo. En vano se habia intentado que se quitasen la careta: iban de grupo en grupo, siempre deslumbradoras y echando en derredor suyo torrentes de ironía. Habian conquistado todos los hombres; pero

se veía claramente que se reían de ellos; no era para ellas, como para las otras, una cuestion de veinte y cinco luises.

La señora de Entraygues, que conocia todos los hombres del gran mundo que allí se divertían, les decia las cosas mas imprevistas. Hacia rápidamente la historia de sus familias, pintaba sus blasones, desenmascaraba sus queridas; ponía en relieve sus ridículas manías; todo con un aticismo que no brotaba con frecuencia en el estéril jardin de aquellas damas.

La misma marquesa italiana estuvo tambien brillante; mas era demasiado jugadora para resistir la mesa llena de oro que presidia la matrona de Efeso.

La verdadera orgía estuvo en el juego. Cuando el champagne es elocuente se convierte en un matemático horrible; para él dos y dos hacen cinco, sobre todo, cuando las mujeres tienen los naipes. Es la cerradura del dinero; los hombres se dejan arrastrar diciéndose estos hermosos aforismos: «Es necesario dar su parte al fuego; es necesario pasar bien la juventud.» Dar su parte al fuego! Cuántos hay que nada tienen que quemar? Pasar bien la juventud! pero si casi todos son viejos!

La moraleja es la siguiente: á las cinco de la madrugada el saloncito azul de la señorita Rebeca espresaba todos los furros y todas las angustias del juego.

De vez en cuando la señora de Entraygues intentaba arrancar su amiga á sus pasiones. La marquesa

perdía veinte y cinco mil francos y no había traído más que cinco mil.

—Cinco minutos más! decía, concededme tiempo para concluir mi ruina.

—Ya lo veis, decía Rebeca: una puede dejar su amante, pero no su dinero.

Los jugadores y las jugadoras sentían cierta inquietud. El dominó con careta pagaría al día siguiente? Tenía diamantes? Sus billetes al portador eran buenos? Firmaba así únicamente: «El dominó violeta con lazo blanco.»

La señorita Rebeca se ofrecía para descontar esta firma; pero como no tenía un luis en frente suyo, nadie aceptaba su oferta.

Aquella pérdida de la marquesa no era nada comparada con la de algunos hombres que empezaban ya á ver claro. Mas de doscientos cincuenta mil francos habían quedado en el campo de batalla. Únicamente ganaban las mujeres, lo cual es ya de cajón entre semejantes damas.

—Aquí hay demasiadas bellezas griegas, dijo de pronto un perdidoso; en verdad que no se puede jugar con las mujeres

—Oh! caballero, dijo con dignidad Rebeca: olvidais que os encontrais en mi casa.

—No sé donde me encuentro: lo que sé es que he perdido ochenta mil francos, y que empiezo á ver el reverso de los naipes.

En aquel momento apareció un nuevo personaje

con el cual no se contaba. Era el comisario de policía.

La señorita Rebeca que le conocía, recogió su dinero con rapidez.

El comisario había entrado seguido de cuatro agentes. Hizo una seña magistral y dijo que iba á recoger el dinero y á arrestar á las señoras. Al hablar de los hombres se espresó con más cuidado: sabía que entre cuatro jugadores hay un pillete y tres hombres honrados, cuando no hay entre ellos un hombre honrado y tres pilletes. Temió dejarse caer sobre algun nombre ilustre. Fuera de que las órdenes recibidas se concretaban á las mujeres.

Fuesen quienes fuesen estas, las arrestó todas.

Hasta llegar á la Prefectura ó á San Lázaro no se observaba la costumbre de separar el trigo de la cizaña.

En vano quiso protestar la condesa de Entraygues, en vano se indignó llorando: el comisario estuvo inexorable.

Lo echó todo á rodar soplando un bofetón á un agente. Este arrancó su máscara.

La condesa se vió en un espejo de la antesala.

—Oh! Dios mío! dijo con espanto: quién es esta mujer que yo arrastro conmigo?

Esta mujer era ella misma.

A semejanza de la duquesa de Campagnac, al descender la escalera de honor del duque de Parisis, no se reconocía á sí propia!

### XIII.

#### SAN LÁZARO.

Por mas que la señora de Entraygues se viese arrastrada en un coche de plaza en compañía de la señorita Tornasol y bajo la custodia de un polizonte, no podia creer en la realidad de aquella desastrosa aventura, donde la curiosidad la habia arrojado.

Si no hubiese dado un bofeton á un agente, hubiera logrado escaparse, á semejanza de muchas otras, pues al fin y al cabo solo se llevaron cuatro mujeres á la Prefectura: la señorita Rebeca, ama de la casa, una cortesana que llevaba el apodo de la Matrona de Efeso, la señorita Tornasol y la condesa de Entraygues.

La señora de Ancini pronunció un nombre al oido del comisario, lo cual le devolvió la libertad.

La condesa se lisongeaba de que al llegar á la puerta de la Conciergeria quedaria libre, pues pondria cuatro líneas al Prefecto de Policía.

Afortunadamente bajo su dominó llevaba un traje severo. Habia tomado á los ojos de la policia un nombre de batalla, se lisongeaba de no haber sido re-

conocida, y se hallaba resignada á la pintoresca fortuna de la señorita Tornasol.

Al llegar á la Conciergeria, no se quiso despertar al Prefecto en su obsequio. No se esplicaba el porqué la señora de Ancini no se hallaba con ella; la buscaba con los ojos porque contaba en su elocuencia oficial.

La condesa no hizo mas que pasar por la Conciergeria. No bien hubo descendido del coche tuvo que subir con sus tres compañeras á uno de esos misteriosos carruages negros, rayados de amarillo, que viajan desde la Prefectura de policia hasta San Lázaro.

Estaba para rayar la aurora, todo el mundo dormia, los municipales dormitaban, sabiendo que las prisioneras no intentarían escaparse.

—Ninguna de vosotras ha ido aun á San Lázaro? preguntó la señora de Entraygues.

Las tres mujeres protestaron aunque la señorita Tornasol, dijo que solo habia estado allí dos veces.

—He llegado hasta el torno, para consolar á una de mis amigas, dijo como si se sintiese arrastrada á medias por la verdad; pero me quedé muy sorprendida viendo que se dirigia á mí con las mejillas frescas como una rosa, los ojos chispeando y la sonrisa en los lábios. Nunca la ví tan alegre.

—Esto es de buen augurio, observó Rebeca que pasaba desde la desesperacion y el abatimiento á las mas alegres y febriles carcajadas; si no nos dejan en libertad hoy, no nos moriremos mañana.

—Creo, dijo la Matrona de Efeso, que no se nos pondrá la camisola de fuerza.

—Nunca! replicó Rebeca, San Lázaro no es una cárcel, sino un refugio.

—Chist! interrumpió uno de los municipales á quien esta conversacion privaba de dormir.

—Oh! en cuanto á esto protesto, dijo la señora de Entraygues: no estamos condenadas al silencio.

Aunque el municipal refunfuñara, la condesa siguió hablando.

—Desgraciadamente, observó Rebeca, el silencio es aquí una penitencia: las mujeres pueden cantar, pero no pueden hablar.

—Como cantar?

—Si, cánticos.

Llegaron al pátio de San Lázaro. Las cuatro mujeres bajaron, y siguieron al conserje al cual los municipales presentaron la orden de detencion.

—Oh! oh! murmuró el conserje, estas son mujeres del gran mundo.

Y luego de haber mirado á las recién llegadas:

—Rebeca Moisés! dijo; quién se llama Rebeca Moisés?

—Soy yo, respondió la jóven judía, inclinándose.

—No leo muy bien vuestro apellido.

—Es sin embargo un apellido muy conocido desde hace tiempo.

Se inclinó para ver como estaba escrito su nombre, pues la jóven sabia leer su nombre.

—Se vé perfectamente que el que ha escrito mi apellido, es cristiano: lo ha desfigurado con una Y.

—Moisés! dijo la señora de Entraygues, tratando de sonreír. He aquí un nombre predestinado: con este nombre hay seguridad de llegar siempre á la Tierra prometida.

Y miró en torno suyo como para reconocer el país de Canaan.

El conserje habia llamado á la señorita Tornasol, que lloraba y que ocultaba su semblante.

Era la actriz cómica de la compañía, un verdadero diablillo que conservaba el pudor y los repulgos de la vírgen.

Esto sin embargo; el conserje prosiguió su obra.

—Quién es la que se llama Carlota Deschamps?

Eran el nombre y apellido que habia dado la señora de Entraygues. Pero no se inclinó, sinó que guardó su altivez de mármol.

—Es la segunda vez que se me pregunta como me llamo, dijo con impaciencia.

—Y á mi es la tercera, dijo la señorita Tornasol.

—Tranquilizaos, replicó el conserje: aquí no se os llamará por vuestro nombre. Tomad, aquí está vuestro número: 1313.

—1313! Afortunadamente no estamos en viernes: sin esto me consideraria una mujer perdida.

—Aquí no hay mujeres perdidas, observó Rebeca, riendo.

—Ciertamente, dijo la Matrona de Efeso, puesto que aquí es donde se las encuentra.

El concerje llamó á ésta, y la Matrona le miró con cierto aire de altivez.

—Vé con tiento, dijo Rebeca; él es quién vá á medirte, y no tú quien vá á medirle á él.

Y en efecto, un escribiente de San Lázaro, empezó á medir la talla de las mujeres.

—Porque no nos fotografiais? dijo Rebeca.

—Es inútil, cuando volvais aquí os reconoceré en seguida

—Cuando volveré aquí!

—O cuando os encuentre fuera.

El concerje aunque hombre grave, tenia sus puntas y ribetes de altivo é impertinente.

Llevóse las cuatro mujeres á una celda. Allí dos criadas empezaron á desnudarlas.

Comenzaron por la señorita Tornasol. Quiso resistir, pero llegó una hermana de la caridad y la habló con tal dulzura, que concluyó por quitarse el sombrero y desabrocharse el vestido.

Para las mujeres este es el instante mas horrible. Verse arrancar lo que es la mitad de ellas mismas, el cuadro de oro de su belleza, para vestir el sombrío traje de las acogidas en San Lázaro, constituye para ellas, una desesperacion indescribible: es como una primera estacion hácia la muerte; es el soldado que se desarma, es el general que rompe su espada.

El traje de las lazarinas es de una sencillez primiti-

va. Una túnica de lana carmelita, con un gorro del mismo color; un cinturón azul de tela burda que se ata al pecho, una pañoleta de algodón rayado, diversamente teñido pasando desde el azul fuerte, hasta el verde mar segun las coladas que ha sufrido; medias de lana gris, y zuecos.

No os quedareis sorprendida, señora, si os digo que á pesar de esto las lazarinas sañan partido de su traje. El arte de ceñirse el cinturón, de anudar la pañoleta, de ponerse el gorro distingue á las Celimenas de las Inés. Yo he visto á alguna, á la cual solo le faltaba el abanico. Las que tienen el amor de ellas mismas y de las otras, las que han nacido con el sentimiento femenino, las que han tomado, aunque no sea mas por una hora, el aire de grandes señoras, conservan bajo aquel traje, no sé que especie de cosa que las revela.

Les quedan aun tantos adornos naturales! Los cabellos, la sonrisa, las ondulaciones de la garganta, la desenvoltura, el movimiento de los brazos, la ciencia del andar, la blancura de las manos, de estas pobres manos que jamás ven el sol. La mujer tres veces mujer,—hay una por cada doce en San Lázaro,—no abdica nunca.

Se quitó el traje á Rebeca, á la señorita Tornasol y á la Matrona de Efeso. En las sabias resistencias de la señorita Tornasol, un observador hubiera reconocido que aquella no era la primera vez que pasaba por aquel alambique: las otras dos devoraban en si-

lencio su vergüenza, obedeciendo la ley del mas fuerte.

La señora de Entraygues se resistió á beber en aquel caliz. En vano se la amenazó con calabozos y guardianes, en vano se la habló de la humildad ante Dios: contestó que ya vestia de negro, que su traje no podia ofender el hábito de San Lázaro, que por otra parte no pasaría todo el día en aquella cárcel y que estaba resuelta á sufrir, menós aquel, todos los ultrages.

Cuatro hermanas de San José, se unieron á las sirvientas.

—Señora, dijo la que habia llegado primero, os desnudaremos nosotras mismas; pero es necesario obedecer á Dios.

—Dios no me ha condenado, respondió con altivez la condesa.

La hermana que la exhortaba habia observado en su altiva belleza, la espresion de la mas elevada aristocrácia; comprendió que si no lloraba era por dignidad.

Crejó que tal vez allí existia una equivocacion cualquiera. No era la primera vez que se echaba en San Lázaro á una mujer por otra.

—Señora, la dijo, seguidme á mi celda.

La señora de Entraygues obedeció, murmurando estas frases de la *Imitacion*:

«Señor! pongo á vuestros piés todas mis humillaciones.»

—Ya lo veis, dijo Rebeca, cuando las tres mujeres se quedaron solas con las sirvientas: la igualdad no es de este mundo. Ahora mismo, se nos ha medido, pasándonos por el nivel, y he aquí que esa damisela está irguiendo su cabeza por encima de la nuestra.

—Y vamos á quedarnos en esta celda con cuatro camas? preguntó la Matrona de Efeso.

—Sí, si no somos bastante ricas para meternos en la pistola, dijo la señorita Tornasol, haciendo una pirueta. Mas segun he oido decir, la pistola es el régimen celular donde una se muere de fastidio y hasta se pone loca. Las que trabajan en las cuadradas ordinarias, oyen lecturas piadosas, cantan cánticos, y están mucho mejor que las que se ocultan en las celdas.

Rebeca mostró con el dedo aquellas blancas y desnudas paredes, aquella ventana con rejas, aquella puerta maziza y aquellas cuatro camas que parecian jugar á las cuatro esquinas.

Habia transcurrido una hora sin que la señora de Entraygues hubiese vuelto á entrar en su celda. Las tres mujeres se consideraron algo humilladas. Parecíales que el horror de aquella cárcel las cogia con mas fuerza desde que la señora de Entraygues no se encontraba con ellas.

Qué habia ocurrido? Se perdian en congeturas. La habian ya reclamado? Se la habia dado una celda para ella sola? Se habian las hermanas compadeci-

do de su suerte hasta el punto de conservarla á su lado?

—Nó, dijo Rebeca: habrá sufrido un ataque de nervios y se la habrá llevado á la enfermería. Yo me olvidé el desmayarme!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1225 MONTERREY, MEXICO

## XIV.

## LAS SEÑORAS TOMAN AGUAS.

En aquel día, el señor de Parisis recibió en el club un billete que hizo reír mucho á sus amigos, pues lo echó desdeñosamente sobre la mesa, diciendo:

—Quién quiere ir á San Lázaro?

Hé aquí este billete:

*«Señor de Parisis, Jockey-Club.»*

»Un quidproquo! Me engañé de coche. Estoy en San Lázaro. Sácame de aquí.

»TORNASOL.»

—Hé aquí á esa pobre Tornasol metida otra vez á la sombra, dijo el príncipe Azul.

—Tú, Saint-Aymour, que eres el consuelo de afligidos: no quieres ir á San Lázaro? preguntó Octavio.

—Oh! Dios mio, si se pudiese entrar allí como en su casa...

—Pero San Lázaro es su casa.

Tomo III.



—No la calumniemos, dijo uno de sus cuatro amantes; es una criatura que aun tiene su rinconcillo de virtud.

—Lo has encontrado?

—Oh! amigo mio, eres admirable en tus descubrimientos del mundo conocido. Américo Vespucio no morirá nunca: encontrará siempre bosques vírgenes... despues de Cristóbal Colon.

—Veamos, señores: quién vá á San Lázaro?

—Yo nó.

—Yo tampoco.

—Yo menos.

—Es decir que la señorita Tornasol morirá en la impenitencia final?

—Despues de todo, parece que no se está tan mal en San Lázaro.

Uno de aquellos jóvenes, que era amante de las citas, tradujo así un célebre verso:

San Lázaro rehizo  
No pocas virginidades.

Aquí estaban de su plática cuando llegó otro billete.

Este habia dado un paseo: habia ido á casa el señor de Parisis y el criado se lo traia con otras cartas.

«Sr. de Parisis, Avenida de la Emperatriz.

»San Lázaro. Ved á Pietri. Corred!

»ALIZA.»

El señor de Parisis no echó este billete sobre la mesa, sino que disimuló su emocion sonriendo.

—La señora de Entraygues! murmuró.

—Otro billete de San Lázaro? le preguntó uno de sus amigos.

—No, dijo Octavio: me viene del Sagrado Corazon.

—Ya comprendo: no enviarás allí ningun ministro plenipotenciario.

El señor de Parisis habia doblado con cuidado el billete y habia abierto una carta mas explícita, escrita por la misma mano.

«Amigo mio:

»Estoy desesperada; creereis que estoy en Charenton; pero es peor. me hallo en San Lázaro. Ya sabeis que nada he hecho para esto. Se ha jugado en casa de Rebeca. Estaba allí, en dominó, con la hermosa italiana. La policia ha intervenido; se han echado los hombres á la calle y se han preso las mujeres. No escribo al príncipe Azul, al cual no confio mis secretos. No perdais un minuto: es necesario que esta noche yo vaya al baile de la Habanera.

»ALIZA.»

Octavio no contestó mas que con *si* y *nó* á las arduas preguntas de sus amigos.

—Adios, dijo de pronto: voy al Sagrado Corazon.

No estaba aun en la puerta cuando se trajo otro billete.

—Es tambien para mí? preguntó.

—Nó, dijo el príncipe Azul, es para mí.

—Diablo! esto es una verdadera comedia: tambien viene de San Lázaro.

«Señor príncipe:

»Nunca lo creerás! Me hallo en San Lázaro. Ven á buscarme. Esta noche represento.

»REBECA.»

El príncipe Azul leyó en alta voz.

—Nó, nunca lo creerás! dijo Saint-Aymour.

—Ven á buscarme! exclamó el príncipe Azul. Por qué vá allí? En verdad que esas muchachas no dudan de nada. Porque se ha tropezado con ellas os dicen el dia en que se ven en San Lázaro:—Vén á buscarme. Pero yo contesto: «Niñitas de mi alma: no me habeis »pedido licencia para ir á San Lázaro. Pues bien, se- »guid allí!»

—Amen, dijo un filántropo, pues los hay en todas partes. Quién sabe si jugásemos un luis al lansquenet para enviarlo á esas señoras?

—Es cierto: necesario es que nos consolemos del dolor que sienten las pobres.

Octavio se habia marchado. Subió á su coche gritando:

—Calle de Lafayette.

El lacayo pidió el número. Parisis contestó haciendo un gesto.

En la calle de San Lázaro fué donde Maria de Médicis fundó una comunidad de jóvenes arrepentidas. El convento adoptó el título de Convento de las Hijas de Dios y de Santa María Magdalena. Un padre franciscano, dotado de una ardiente y persuasiva elocuencia, convirtió, en 1491, un gran número de mujeres perdidas, «entre las que las habia viudas y solteras»; mas de doscientas se entregaron al claustro y á la penitencia.

Esta comunidad subsistió hasta 1793; pero no subsistió gracias á las Magdalenas Arrepentidas, sino porque desde 1700 no entraron en él mas que personas de buena vida y costumbres. En efecto, en el siglo diez y ocho nadie se arrepentia: se esperaba con valor, entre las embriagadoras locuras del carnaval, aquel solemne miércoles de ceniza que se escribió con cuatro cifras: 1793. Antes de la revolucion se veia aun cerca de la puerta de la iglesia un crucifijo delante del cual se postraban los ladrones y otras honradas gentes que se llevaban á Montfaucon. Besaban los piés del Dios hecho hombre, recibian agua bendita que equivalia á otro bautismo para la muerte y se sentaban por un instante en su postrer banquete.

Las Hijas de Dios les servian pan y vino con palabras tiernas de caridad y de esperanza; era aquello, segun dice Carlos Nodier, «el banquete de los antiguos, endulzado por las costumbres evangélicas.»

Al principio San Lázaro fué un hospital de leprosos. Allí los reyes de Francia recibian el juramento

de fidelidad prestado por las órdenes de la ciudad; allí eran depositados, bajo la custodia de los leprosos, los mortales despojos de los reyes y reinas de Francia, desde cuyo punto iban á San Dionisio para recibir la ablucion de los sacerdotes representados por el arzobispo de Paris. Esta estacion en San Lázaro, espectáculo curioso de la edad media, era el símbolo de la igualdad cristiana. Pero acaso esta igualdad no era un sarcasmo? La igualdad cristiana despues de la muerte! Siempre se ha entendido de igual modo. San Vicente de Paul fué abad de San Lázaro y murió allí. Durante el reinado del Terror, se convirtió, en nombre de la libertad, á San Lázaro en cárcel. El pintor Robert se salvó bajo sus bóvedas por un error de nombre; pero Andres Chenier y Roucher escribieron allí sus últimos versos. San Lázaro se ha convertido en refugio para las mujeres de mala vida. El pobre santo no ha hecho más que presenciar las miserias y los dolores de la humanidad. No era lo bastante el haber vivido con las migajas de la mesa: despues de su muerte fué el patron de los leprosos, de los reyes difuntos y de las mujeres de vida airada; mas en cambio, Roucher y Chenier padecieron cerca de él.

Octavio mandó detener su carruaje á veinte pasos de San Lázaro.

Entonces pensó que hubiese obrado mejor dirijiéndose recto á casa el prefecto de policia; mas le hubiese encontrado?

Estaba debajo de la bóveda con la mano sobre el

picaporte. Llamó. El portero le preguntó si tenia permiso de entrada.

—Nó, dijo Parisis: lo he olvidado; pero aquí teneis mi targeta: llevadla al director.

El portero obedeció. Octavio se hallaba en el toro: una jóven de fuera acababa de besar á una jóven de dentro en presencia de dos hermanas de San José.

El director, que era un hombre muy amable, tuvo la galanteria de ir al encuentro del duque de Parisis.

—Señor director, vengo á buscar una mujer que un quid pro quo desastroso lanzó aquí esta mañana.

—Habeis visto al prefecto? interrogó el director.

—Nó, pero le veré en seguida.

—Ya sabeis, dijo el director sonriendo, que no soy el dueño en mi casa; no tengo el derecho de dejar salir á nadie, sea quien sea, y hasta ni siquiera tengo el derecho de abrir la puerta á las mujeres arrepentidas que buscan aquí un refugio.

—Mi coche está allí; permitid que escriba dos líneas al prefecto, y antes de tres cuartos de hora tendré una respuesta. Entretanto veré á la prisionera.

—Como se llama?

Octavio no supo que responder.

—Aquí, prosiguió el director, hay mil trescientas prisioneras, todas mas ó menos anónimas, puestas que son mujeres sin nombre: visten de igual modo, y el indagar donde una se encuentra, equivale á buscar un alfiler en un pajar.

—Sí, dijo Octavio, pero no todas han llegado aquí esta mañana.

—No he visto á las recién llegadas; pero he de manifestaros que la noche ha estado fecunda. Se han echado las redes en el boulevard, y según el lenguaje de la policía, se ha hecho una pesca milagrosa.

—Oh! conoceré perfectamente á la que busco.

—Pues bien, un llavero va á acompañaros. Subid primero á la *Pistola*.

El señor de Parisis no se hizo de rogar: saludó al director y siguió al llavero.

—Ah! dijo, se me olvidaba: aquí es necesario pagar la entrada.

Y entregó un billete de quinientos francos.

—Aquí teneis para estas pobres mujeres. A todas les gusta la fruta y se me ha dicho que solo comen manzanas: compradlas melocotones, puesto que la estación es propicia.

El llavero empezó á andar con alegría y soltura: sus presentimientos no le engañaban puesto que cuando el señor de Parisis estuvo solo con él le dió una moneda de cien francos.

Llegóse pronto al tercer piso, frente á las celdas destinadas á la pistola.

Todas las puertas tenían una regilla que se abría por fuera y que permitía examinar las que estaban encerradas en el interior de la celda. El llavero abrió la primera puerta. Octavio vió tres mujeres de buena casa que mataban el tiempo jugando á los naipes.

—Como! dijo el llavero, así es como trabajais vosotras? Quién diablo os ha dado esta baraja?

Y avanzó ruidosamente para recoger esta última.

—Os lo suplico, dijo una de aquellas mujeres: solo jugamos por nuestro honor.

—Por cuyo motivo, añadió otra, no se cobra aquí el barato.

—Vaya, dijo Octavio: dejadlas su baraja.

Y dirigiéndose á las tres mujeres:

—Os suplico, añadió, que me perdoneis, señoras: me equivoqué de puerta.

Se pasó á otra celda donde dos mujeres meditaban silenciosamente sobre la grandeza y decadencia de las cortesanas.

Octavio reconoció vagamente á una de ellas: era una de esas terribles proxenetas á las que se encarcela todos los años, y que no por esto se enmiendan. Se levantó chispeante de alegría, creyendo que la visita era dedicada á ella; mas la puerta se cerró en seguida.

La tercera celda tenía la reja abierta y Octavio dispensó á su guía que metiese la llave en la cerradura.

—No vale la pena, dijo, no interrumpamos á estas mujeres: miraré por aquí.

Y asomó su cabeza.

Entonces vió tres jóvenes que ensayaban silenciosamente un paso á cuatro: eran corifeas de Chateau-Rouge, que habían bailado demasiado horizontal-

mente dando con sus piés en la nariz de unos municipales que ya les habian quitado sus ramilletes. En Francia se es muy severo con todas las artes que divierten: en Inglaterra se hubiera llevado en triunfo á las tres jóvenes. No se vió esto mismo el dia antes de adjudicarse el primer premio, cuando los ingleses invadieron la Opera de la avenida Montaigne?

—Chist! hizo el llavero dando un golpe á la puerta: vuestra hermana, Santa Magdalena, vá á castigaros.

En la celda vecina se leía. Que se leía? No creo que fuese la Biblia ni el Evangelio; pero un libro es siempre bueno para las almas ociosas: no hay libro que no tenga su moral: el alma que trabaja domina el cuerpo.

—Abrid esta puerta, dijo Parisis que acababa de reconocer la señorita Rebeca, la señorita Tornasol, y la Matrona de Efeso.

Rebeca, viendo entrar á Octavio lanzó un grito de alegría.

—Que bueno has sido viniendo! dijo, corriendo hácia el jóven.

—La habeis encontrado? preguntó el llavero.

—Nó, respondió Octavio.

—Nó! repitió con tristeza Tornasol; es decir que no has venido por mí.

—He venido por todas; pero no os veo todas aquí.

—Es cierto: hay una mujer que ha venido con nosotras y que nos ha dejado esta mañana. Rebeca la

conoce, pero nosotras no. Es mujer de campanillas. Probablemente Rebeca le dá lecciones de declamacion.

—Sí. Es mi mercadera de cintas, dijo Rebeca que deseaba probar su discrecion á Octavio.

—Donde está?

—Ah! querido: aquí no recibimos el diario de la casa: no llegan noticias.

—Es una mujer robusta, dijo Tornasol: á estas horas debe haber hundido ya las puertas.

Octavio respiró. Creyó, en efecto, que la señora de Entraygues quizá se habia dirigido á alguiemas, y que ya habia salido de la cárcel.

—Ha salido hoy alguna mujer de San Lázaro? preguntó al llavero.

—Ellas van, vienen, entran, salen; pero no. creo que hoy haya salido ninguna. Aun hay mas celdas.

—Vuelvo en seguida, dijo Octavio desprendiéndose de brazos de Rebeca: cuenta á tus amigas, uno de aquellos cuentos que sabes contar tan bien.

—Y que escuchan tan mal, dijo Rebeca: las considero ya inconsolables.

Se acercó á Octavio, y dijo á su oido.

—No olvides de esparcir el rumor de que hemos ido á tomar las aguas de Alemania.

Y dando un suspiro añadió:

—Cuando pienso que figuré en los carteles, y que hoy debía cumplir tres citas!

sen temido el ser vistas en su miseria. Las otras, que eran mujeres cualquiera, erguian sus curiosas cabezas ante el espectáculo de un hombre de aire aristocrático, que iba á lanzar una distraccion de algunos minutos en medio del mortal fastidio de aquella cárcel.

El señor de Parisis entró en otra enfermería. Ofrecia el mismo espectáculo.

—No, dijo, es imposible que se encuentre aquí.

—Y sin embargo, dijo el llavero, no puede estar en las salas de trabajo. Esperad; se me ocurre una idea: quizá ha conquistado una hermana de San José que la pasea con ella velando por el servicio de la casa.

Octavio fué conducido á los talleres, y presenció un curioso espectáculo: vió mas de ochenta encarceladas, que inclinadas sobre una máquina de coser hacian con una rapidez increíble, quién unas faldas, quién un gorro, quien unas mangas, quien un cuello: se veian pasar aquí y allí pedazos de tela que inmediatamente revestian una forma cualquiera. Y todo era tan variado, tan inesperado, tan pintoresco, tan vivo, que el señor de Parisis olvidó que habia ido allí para buscar á la señora de Entraygues.

Admirable cosa el trabajo! Aquellas mujeres que ayer vivian tristemente ociosas, errando desocupadas entre el vicio, estaban entonces alegres y sentian placer en aquellas creaciones que brotaban de sus manos: no pensaban en consultar el reloj para ver si

## XV.

## EL CÁNTICO.

En vano Parisis lanzó su mirada en todas las celdas. Vió mujeres que dormian, que reian, que lloraban, que oraban; todas las fisonomias, todas las expresiones, todos los caracteres de las pecadoras; mas no vió á la señora de Entraygues.

—Es singular, dijo el llavero; yo recuerdo esta mujer. Era de semblante altivo, de mirada orgullosa, tanto que no nos atrevemos á desafiarla. Ya lo veis, hay aquí algunas que son indomables. Supongo que no se la habrá llevado al calabozo. Esto sin embargo si tanto se ha burlado....

El llavero concluyó su frase con un gesto enérgico.

—Aquí estamos á la puerta de una enfermería. Veamos: quizá esta señora cayó mala.

En la enfermería se veia alguno que otro rostro distinguido: así por ejemplo, se observó que dos mujeres ocultaban su semblante contra la almohada, como si hubiesen reconocido, ó como si hubie-

Hegaba la hora de recreo, pues el trabajo lo constituía.

Octavio se sintió impresionado, y saludó fraternalmente á aquellas jóvenes. Entonces comprendió que el trabajo no era la espiacion sino la rehabilitacion.

—Y ahora, dijo á su guia, donde iremos?

El llavero percibió una hermana y la interrogó acerca una prisionera vestida de negro que habia llegado por la mañana.

—Casi no la he visto, dijo la hermana de San José. Pero la hermana Cecilia, que está en la sala de las porteras, os dirá donde se encuentra.

Volvióse á subir. Octavio se hallaba muy léjos de quejarse por todas aquellas estaciones, fuese cual fuese su impaciencia en ver á la señora de Entraygues. Sentia allí un vivo placer de filósofo.

Al llegar en lo alto de la escalera, oyó algunas jóvenes y frescas voces que cantaban un himno compuesto por monseñor Dupauloup.

Octavio, creyó estar efectivamente en el Sagrado Corazon. Pidió que le dejasen ver las que cantaban. Eran las mas jóvenes de la casa, adolescentes en rebelion contra la familia y la virtud, aquellas que han guardado á través de las generaciones, el sello mas ó menos visible del pecado original, hijas del demonio que no vuelven hácia Dios,—si es que vuelven,—hasta despues de haber probado todas las malas pasiones.

—Quereis verlas? preguntó el llavero á Octavio.

—Abrid, respondió este.

Todo es contraste en la vida: así como el señor de Parisis habia quedado hechizado por la melodia del himno, y por la armonia de todas aquellas jóvenes voces, así quedó desilusionado ante el espectáculo de aquellas picaruelas, de revuelta cabellera, de mirar atrevido, de lábios impudentes, donde el candor no habia florecido y donde jamás debia subir la virtud. De todas las mujeres de San Lázaro, las peores, las mas abandonadas de Dios, las mas impenitentes son estas jovencillas que el pecado ha invadido en el hogar natal, que no ha podido reprimir la madre y que el padre lanzó, desesperado, á la terrible escuela de San Lázaro.

El himno que tan bien cantaban, no impresionaba su alma, semejantes en esto á esos chantres de catedral que no comprenden el latin que cantan.

Como Octavio adelantara hacia la hermana de San José, que daban el tono al himno, para felicitarla por el triunfo alcanzado por aquellas voces rebeldes, una jovencilla le robó su pañuelo; otra, oculta detrás de una columna, le envió un beso que le hizo reir, pues tenia muy saliente el hocico, y otra, en fin, le pidió cien sueldos para comprar confituras.

La religiosa era tan poco familiar con los cumplidos, que perdió de vista su rebaño, y no observó como Octavio daba un luis á esta niña «revoltosa.»

El profeta ha dicho: «Si cultivas la cizaña, no cográs sino cizaña.» Esto no obstante, en la escuela de San Lázaro, se salvan algunas almas.

## XVI.

## BAJO EL HÁBITO DE UNA RELIGIOSA.

Octavio entró en la sala de las parturientas.

Hubiera sido para el duque un impresionador espectáculo aquello de ver todas aquellas madres condenadas que se consolaban en el amor de su hijo, si desde la primera ojeada no hubiese visto á la señora de Entraygues inclinada sobre la cuna de un recién nacido.

Se dirigió hácia Aliza.

—Por fin! dijo esta.

Y tendió su mano á Parisis. La jóven tenia los ojos llenos de lágrimas.

—No creais que llore por mí, dijo; olvido donde estoy, y olvido lo que soy ante este cuadro. Nunca se ha amado tanto á los hijos como aquí.

—Es que aquí, dijo la religiosa, las madres están cerca de Dios; no tienen mas que á su hijo. Para ellas el mundo concluye en la puerta que veis allí abajo y Dios se muestra ante ellas, en este altar de la madre de Jesús. Tanto como las madres permanecen aquí son mujeres honradas. Que será de ellas? Dios lo sa-



be; pero lo que yo sé es que el amor de Dios y el amor maternal borran todas las manchas del pasado.

Mientras la religiosa hablaba, Octavio veía de una mirada todos los rostros de aquellas madres que se habian vuelto hácia él y en todos los ojos de aquellas mujeres perdidas, hubo de hallar la sublime expresión del amor materno.

—Sabeis, dijo á Octavio en voz baja la señora de Entraygues, que desde que me encuentro aquí me siento mejor? Si no hubieseis venido, me hubiera sentido capaz de cometer una admirable locura. Me he resistido á vestir el hábito de las lazarinas; mas hubiera tomado con gusto el hábito de las hermanas de San José.

—Está bien, dijo Octavio; pero hubiera sido necesario elegir otra puerta para llegar hasta aquí. Y despues lo que hay en esto de mejor, no es el entrar, sino el salir.

—Pues bien, os cojo la palabra: salgamos!

—Y el pase?

Y como el señor de Parisis y la señora de Entraygues se hubiesen alejado algunos pasos de la hermana, Octavio prosiguió:

—Contadme en cuatro palabras esta historia.

—Es muy complicada y sencilla á un mismo tiempo. Ya sabeis que yo no soy curiosa.

—Nó, á fé mia: seríais capaz de desarraigar el árbol de la ciencia.

—La señorita Rebeca daba un té á estrangeros: la

marquesa de Ancini me llevó á él, sin suplicarme mucho, diciéndome que nadie me conoceria puesto que iríamos con dominó. Dijo que nos divertiríamos mucho. No sé si ella se divirtió; sé unicamente que se jugó y que perdió todo el mundo.

—Todo el mundo!

—Sí, escepto Rebeca, segun creo. A las tres la cogió un vértigo: se habia calentado mucho con vino de champagne, y el tapon saltó. Se desabrochó el corsé, lo cual fué muy del gusto de los hombres; pero asustó el pudor de los agentes de policia, toda vez que las ventanas se hallaban entreabiertas. Otro dia se les invitará á la fiesta. Llegaron allí con la rapidez del rayo con un comisario de policia que entendia poco de modales; se cogió el dinero del juego y se respetó á los hombres; mas se metió mano á la caza de San Lázaro. Hélo aquí todo. Ya me habreis comprendido.

—Y como permitisteis que se os trajera aquí? preguntó indignado Octavio.

—Habeis venido para echarme un sermón? Ví, antes que vos, la profundidad del abismo: cuando el viento es de popa, no es fácil retroceder en el camino. Os he escrito y he escrito al prefecto. Mas aunque he dado mi último puñado de oro, no se me ha contestado. Por fin, gracias á esta religiosa, os he vuelto á escribir en San Lázaro. Vamos á salir de aquí, no es cierto?

—Pero cómo?

BIBLIOTECA ALFONSA

—He hallado un medio.

La religiosa se habia acercado.

—Hermana mia, dijo la señora de Entraygues, me permitireis entrar por un instante en vuestra celda?

—Sí, señora, os acompañaré á ella, dijo la hermana.

Y cuando ambas mujeres estuvieron solas, la señora de Entraygues dijo á la religiosa, cogiéndola su mano:—Hermana mia: vos no podeis condenar á una mujer cual yo á la vergüenza de San Lázaro. En nombre de Dios apelo á vuestro corazon. Si paso aquí una noche, todo Paris lo sabrá. Vais á acostaros y me dareis vuestro hábito. Una vez en este traje, podré salir.

La religiosa cumplió sin resistirse la voluntad de Aliza; comprendia perfectamente que aquella mujer no pertenecia á San Lázaro. Obedeció pronunciando estas sencillas palabras:

—Señora, si me ocurre una desgracia, vos rogareis á Dios por mí.

La señora de Entraygues besó á la religiosa:

—Por mí es por quien es necesario rogar y no por vos!

Se vistió con rapidez, pero con alguna dificultad, pues no teniendo la religiosa ni su estatura ni sus hombros, tuvo que encogerse mucho, adoptando al mismo tiempo una espresion de modestia que engañó á Octavio cuando salió de la celda.

—Ahora, dijo ella, quedad tranquilo: se os esperará hasta que hayais visto al Prefecto de Policía.

Octavio comprendió: el llavero solo veia su moneda de cien francos.

Parisis siguió hacia adelante, convencido de que la condesa iba á seguirle.

En efecto, bajo el pretesto de hablar al director en obsequio á la reclusa, ella bajó la escalera.

En el torno, mientras Parisis daba gracias al llavero, salió una religiosa.

Era la condesa.

A cincuenta pasos de allí subieron juntos en el coche de Octavio.

Este quiso besarla.

—Nó, dijo ella: este hábito que llevo no transforma solo mi cuerpo: santifica mi alma. No lo dejaré mas.

Y añadió:

—Os odio!

El duque de Parisis miró la condesa, á semejanza de un hombre que nada toma formalmente.

—Lo digo muy seria, dijo la condesa; me habeis arrancado de mi casa: os pido mi último favor: llevadme en seguida á las Jóvenes Arrepentidas.

—Hoy aun no, querida, replicó Octavio en su crueldad burlona; pero dia llegará en que ireis sola.